

cargo contra la Francia. En una *Instrucción* á los embajadores franceses en Munster (1), documento de la cancillería imperial, se dice: "Ya hemos visto estatuas del rey de Francia que tenían á sus piés los pueblos de Europa en actitud suplicante, y hemos visto las inscripciones de sus retratos donde se titula conquistador del universo; también hemos visto una trágica comedia de la Europa vencida, y un Júpiter francés llevando á Europa sobre sus hombros. ¿Quién puede dudar del proyecto formado de invadir la Europa entera, al ver el tratado de Casan impreso por orden terminante del rey? En él se ven las pretensiones inauditas de esa corona, como si se hubiera querido preparar por ese medio los ánimos y echar los cimientos de tan enorme dominación."

Este último cargo merece alguna atención. Richelieu encargó á los eruditos Dupuy y Godefroy formar un inventario de las cartas é investigar los derechos de toda clase que podía tener la corona de Francia sobre los países vecinos. La obra de Dupuy, redactada desde 1636, no apareció hasta 1655 con el título de *Tratado concerniente á los derechos del rey cristianísimo sobre muchos Estados y señoríos poseídos por diversos príncipes vecinos, formado con el tesoro de las cartas del rey*. Ántes de esa publicación oficial, Jacobo de Casan, consejero real, escribió una obra análoga, titulada: *Exámen de los derechos del rey y de la corona de Francia á los reinos, ducados, condados, ciudades y países ocupados por los príncipes extranjeros y que pertenecen al rey cristianísimo por conquistas, sucesiones, compras y otros títulos; resúmen de sus derechos al imperio*. El libro, dedicado al cardenal Richelieu, está basado en el mismo orden de ideas que el trabajo de Dupuy, siendo más que probable que Casan tuviese conocimiento de los títulos reunidos por el erudito bibliotecario; las dos obras no forman, pues, más que una sola, y la vamos á analizar para dar una idea de las pretensiones francesas.

El objeto de estas singulares publicaciones lo confiesa Casan en su dedicatoria á Richelieu: era el justificar las conquistas de Francia, la cual no hacía más que reivindicar lo que la pertenecía: "Sus laureles, dice, se fundarán en la justicia, aún más que en las armas." Pero esa justicia era grande-

1) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. I, p. 264. —Esas mismas acusaciones se encuentran ya en el *Mare gallicus*, II, 16, p. 293.

mente elástica; más bien que justicia era una ambición gigantesca inspirada por una vanidad no ménos monstruosa. No parece sino que la Francia había heredado el orgullo español, pues desde el momento en que creyó abatida la Casa de Austria, descubrió pretensiones que sobrepujaban seguramente á las de su rival. En un *Discurso diplomático sobre la necesidad de hacer la guerra á España*, discurso publicado en 1595 (1), se leen estas palabras: "La Francia es el alma del mundo, el cual no tiene movimiento más que por ella; es el espejo de las jerarquías celestes, la forma esencial de una verdadera y perfecta monarquía; es un quinto elemento para los hombres en general." Esa misma petulancia respira la obra de Casan: "Sobre todos los reyes que mandan en el universo ha escogido Dios por especial prerogativa á los reyes de Francia, para grabar en sus majestades los rasgos y perfiles más augustos de su divinidad... Y ha querido que su corona fuese de un oro más fino que la de todos los demás reyes y que fuese única por su dignidad entre todas las coronas de la tierra, así como no hay más que una sola corona entre los astros del cielo." Casan expresa en términos magníficos la grandeza de la Francia; y lo más maravilloso que encuentra es que dependieran de sus reyes los más grandes monarcas que entonces reinaban: "Ella es la reina de las naciones y la señora de los reinos, y se asemeja á la antigua Italia, que en sus medallas se veía guarnecida de cetros sosteniendo un globo."

Pero dejemos los dítirambos y veamos los títulos. "Los más poderosos Estados de Europa, dice Casan, no son más que florones y hojas eclipsadas del reino de Francia; la violencia de los años y la injuria de la fortuna han podido separarlos de la legítima dominación de nuestros reyes, pero no privar á éstos de sus derechos, toda vez que la justicia, tutora de las coronas de los príncipes y diosa titular del mundo, los conserva todavía enteros é inviolables en su templo." Eso sólo basta "para hacer al rey de Francia monarca de casi toda la Europa y acrecentar su imperio con la mejor parte del mundo." En vano se opone á eso la prescripción; no hay prescripción contra las coronas y soberanías, puesto que los reyes están por cima de las leyes que han establecido la prescripción: "Los

1) *Memorias de la Liga*, t. VI, p. 308.

años, que todo lo destruyen, rinden homenaje á sus cetros, sin poder tocar á sus sagradas diademas," Casan tiene todavía otra razón para poner los reyes al abrigo de la prescripción, y esta sí que merece fijarse en ella, porque se encuentra en las Memorias de Richelieu: "La larga posesión, dice el cardenal, no da ningún derecho en materia de reinos, no existiendo la prescripción entre los príncipes que no reconocen tribunal ante quien hacerla valer, por lo que siempre están en el caso de reclamar sus derechos contra los usurpadores y de emplear para ello la fuerza." (1).

Tal es el principio: no es sólo una sofisma de escritor, se da como una máxima de Estado, y vamos á ver las maravillosas consecuencias que de él sacan Casan y Dupuy. La Castilla pertenece á los reyes de Francia, como descendientes de Carlo-Magno, y ese título hereditario ha sido confirmado por la reina Blanca. El Aragón y la Cataluña son igualmente conquistas del gran emperador, y la Casa de Anjou ha refrescado esos antiguos derechos. Por lo que hace á Navarra, no hay que decirlo: la posesión de los Españoles es una evidente usurpación, puesto que nuestros monarcas llevan el título de reyes de Navarra. Los primeros príncipes que reinaron en Portugal salieron de la familia real de Francia, y ese título, en vez de debilitarse con el tiempo, "se ha robustecido por el largo trascurso del mismo." Hé aquí á la Casa de Austria despojada de la Península; mucho más fácil es á nuestros teóricos arrebatarla sus posesiones de Italia. Casan enumera nada ménos que diez títulos á favor de los reyes de Francia sobre el reino de Nápoles: los más preciosos, dice él, son los que llevan la marca de la antigua piedad de los príncipes franceses hácia la santa sede y de su celo en defensa de la Iglesia contra sus enemigos. Dupuy añade que los Españoles son unos expoliadores que no poseen á Nápoles sino por la violencia. En cuanto al ducado de Milan, "dicho se está que es uno de los florones de esta corona sustraído por los extranjeros á la obediencia de nuestros reyes; pero á pesar de su indebida ocupación, ese Estado, uno de los miembros más bellos de Italia, ha sido transmitido á nuestros príncipes por sucesión legítima de la Casa de Orleans, hace parte de la Francia y está comprendido en el círculo de su corona." Gé-

(1) *Memorias de Richelieu*, t. VII, p. 404.

nova, según Casan, pertenece á la Francia desde Carlo-Magno; Dupuy invoca otro título más moderno, la cesión consentida en 1395 por la inmensa mayoría de los tres órdenes que formaban la república, y la cesión fué confirmada tres veces, en diversos tiempos. El escritor francés hace un solemne llamamiento á la justicia para reclamar los derechos de Francia á la Flándes y á todos los Países-Bajos: "Si la Casa de Austria quisiera someterse al juicio de un peso y medidas justos, sostenidos por la mano de jueces no interesados, siendo tan claros los derechos del rey sobre la Flándes y tan grande la justicia de sus pretensiones, de creer es que, juzgando equitativamente, la Flándes tendría que ser parte del cuerpo de este reino, flor separada de la corona de Francia, círculo de su sistema, en una palabra, rayo eclipsado de esta monarquía." ¿Qué importa que los reyes de Francia hayan renunciado á su soberanía en formales tratados? Esas cesiones fueron arrancadas por la violencia, y el tiempo no atenúa ese vicio, dice Dupuy, sino que lo aumenta. No se puede negar que la Alemania es un miembro antiguo del reino de Francia, conquistado por las armas, y la dignidad imperial pertenece á los reyes cristianísimos, como sucesores de Carlo-Magno. Casan había olvidado la Inglaterra, pero Dupuy pensó en ella. En 1216, dice, el hijo de Felipe Augusto fué elegido rey de Inglaterra, con el consentimiento de la nobleza, del clero y del pueblo, y ha transmitido su derecho á sus sucesores. Verdad es que los reyes de Inglaterra reclaman la corona de Francia en virtud de una cesión análoga; pero el publicista francés responde que el tratado fué vicioso en su esencia, puesto que fué hecho por un rey en estado de enajenación mental.

Esas pretensiones, que hoy nos parecen tan descabelladas, estaban admitidas en el siglo XVII como títulos incontestables. Casan y Dupuy eran legistas; pero los teólogos sostenían las mismas doctrinas. En 1634, un doctor de la Sorbona, dignidad de la iglesia de Dijon, enseñó que los Franceses eran los herederos legítimos del imperio, el cual comprendía las Galias, la Italia, la Alemania, la Hungría, la Polonia, la Rusia y la España hasta el Ebro: "El emperador ó sus predecesores nos han arrebatado el imperio, y debe restituirlo á los legítimos sucesores de Carlo-Magno. Las demás pequeños príncipes de la Europa no poseen más

que lo que nos han arrebatado durante las turbulencias de la monarquía; y los detentadores injustos no pueden retener en conciencia las tierras que han usurpado., El autor hace al rey cristianísimo un deber de conciencia el reivindicar la herencia de sus antepasados (1). De este modo, la ambición de Francia no era ya ambición, sino amor á la justicia. Todo eso parece grandemente ridículo. Pero hay es esa doctrina una idea nueva que comenzaba á germinar en Francia, y que es mucho más peligrosa que el pretendido derecho invocado por los escritores franceses: esa idea es la de las fronteras naturales. *Casan* la aduce para reclamar el Rosellon, que se encuentra, dice, dentro de los límites que á la Francia ha señalado la naturaleza con sus propias manos. Esa era también la política de Richelieu: "El objeto de mi ministerio, dice al morir, ha sido devolver á la Galia las fronteras que la naturaleza la ha dado, identificar la Galia con la Francia, y restablecer la nueva Galia hasta donde llegó la antigua., (2). Esa era la política inaugurada por los hugonotes. Richelieu abandonó resueltamente las conquistas lejanas; y si llevó la guerra á Italia, fué únicamente, como él mismo dice, para echar á los Españoles y poner en su lugar á los príncipes italianos. El cardenal expuso su sistema al rey cuando la toma ds la Rochela, en 1629, le permitió pensar en el engrandecimiento de la Francia: "No conviene, le dijo, imitar á los Españoles, que procuran aumentar siempre su dominación y extender sus límites. La Francia no debe pensar más que en robustecerse dentro de sí misma; debe fortificarse en Metz, avanzar hasta Strasburgo, si es posible, pero sin arriesgar nada, empleando, al contrario, mucho tiempo, mucha discreción y una conducta suave y encubierta. Aún se podría pensar en la Navarra y el Franco-Condado, partes contiguas á la Francia y que le pertenecen, fáciles de conquistar además; pero conviene aplazar esa conquista., (3). Lo que quería ántes que todo Richelieu era que el reino se extendiese hasta el Rhin (4).

El cardenal cubría su política exclusivamente

(1) *Cuestiones resueltas* por BESSAN AVROY, doctor en teología; impresas en 1634, con privilegio y aprobación de los doctores. p. 98, 99, 100 y 110.

(2) RICHELIEU, *Testamento político* (MARTIN, *Hist. de Francia*, t. XI, p. 216, nota 2).

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 248-250.

(4) *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 274.

francesa con el pretexto de la libertad de Alemania; de ahí las amargas quejas de los historiadores alemanes contra la Francia. "Ella es la que perpetuó la guerra por espacio de treinta años para despojar al imperio, á pretexto de libertarle; y tuvo por cómplices de su culpable ambición algunos príncipes protentantes, que, por codicia ó por odio contra el Austria, hicieron traición á la causa de su patria y sirvieron al extranjero., (1). Los historiadores alemanes olvidan los principales cómplices de la ambición francesa: el emperador y los príncipes católicos. Transportémonos al congreso de Munster, asistamos á las negociaciones y verémos á quién debe la Alemania haber sido desmembrada.

La ambición francesa, despues de haber hecho su camino eucubierto, como aconsejaba Richelieu, se dió por último á luz: los negociadores pidieron la Alsacia. ¿En quién encontraron resistencia y en quién encontraron apoyo? Los príncipes protestantes hicieron grandes esfuerzos por impedir la desmembración (2); pero les faltó fuerza. No pudiendo impedir la cesión de la Alsacia, quisieron dejarla unida á la Alemania, cediéndosela á Francia á título de fendo; pero fué rechazada esa proposición, por el temor que causaba al emperador el hacer miembros del imperio á los reyes cristianísimos, título que hubieran convertido en su provecho (3). En cuanto al rey de Francia, también se decidió por la cesión en plena soberanía, porque eso satisfacía los deseos de llevar los confines de la Francia hasta el Rhin (4). Los plenipotenciarios franceses nos dirán cómo acogieron los príncipes católicos la idea de la desmembración: "La mayor parte dijeron resueltamente que el medio de hacer la paz era satisfacer á la Francia, y que por ahí se necesitaba comenzar *para sacar más ventaja en los asuntos que había que tratar con los protestantes*, (5). De esta manera, el interés de la fe se sobrepuso al sentimiento de la patria más en los católicos que en los protestantes. Entre los príncipes

(1) BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. I, página 34 y siguientes.

(2) Los plenipotenciarios franceses lo dicen (Carta del 10 de Marzo de 1646 en las *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. III, p. 115).

(3) AD MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 252 y siguientes.

(4) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. III, página 245.

(5) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. III, página 187.

que apoyaron las pretensiones de Francia se encontraba el duque de Baviera, jefe fanático de la liga y dócil instrumento de los jesuitas (2), el cual aconsejó al emperador dar á todo trance á la Francia lo que pretendía, aunque fuera menester dejarles dos veces la Alsacia., (2). Tampoco vaciló el duque cuando se trató de unir sus armas á las de Francia, á fin de que ésta obtuviese aquella provincia (3). ¿Cómo el duque, de enemigo encarnizado, se convirtió súbitamente en amigo de la Francia? Fernando II le había investido de la dignidad electoral y del Palatinado, de que despojó al infortunado rey *invernizo*; y el duque no tenía más que un medio de conservar su conquista, el de que le apoyara la Francia; porque los Suecos tenían contra él tal aversión, que le hubieran querido arruinar más bien que tratar con él. De ahí el celo del duque por los intereses franceses, y de ahí la desmembración del imperio (4).

La cesión de la Alsacia no realizaba más que una parte de los proyectos de Richelieu; la Francia hizo la guerra durante diez años para arrancar los Países-Bajos á España. En 1635, el cardenal firmó un tratado con las Provincias-Unidas para repartirse los Países-Bajos españoles; pero habiendo fracasado la conquista, trató de obtener por medio de negociaciones lo que no había podido por el de las armas. La insurrección de Cataluña puso en sus manos una prenda valiosa, la cual contaba trocar por la Bélgica; así es que dirigió una memoria á los plenipotenciarios en la que desenvolvió las ventajas de la anexión con tan exquisito cuidado, que dejaba ver claramente el gran interés que en ella tenía; "La adquisición de los Países-Bajos será un baluarte inexpugnable para la ciudad de París, que entonces podría llamarse verdaderamente el corazón de la Francia... El poder de ésta se haría temible á todos sus vecinos, y particularmente á los ingleses, celosos de su engrandecimiento, y que no dejarán escapar ninguna ocasión para debilitarla, si una poderosa adquisición no les

(1) Carta de MAZARINO, 22 de Noviembre de 1645, á los plenipotenciarios (*Negociaciones secretas*, t. II, p. 215). «Baviera es el mejor instrumento que podemos tener para el logro de nuestros deseos en Alemania.»

(2) Carta de MAZARINO á los plenipotenciarios franceses 12 de Enero de 1646 (*Negociaciones secretas*, t. III, p. 11).

(3) Carta de los plenipotenciarios franceses, 1.º de Octubre de 1645 (*Negociaciones secretas*, t. II, p. 162).

(4) Carta del duque de Longueville, 4 de Marzo de 1647 (*Negociaciones secretas*, t. IV, p. 83).

quita ántes la esperanza de conseguirlo... La Casa de Austria no podría perjudicar más á la Francia, mientras que ahora una batalla perdida á orillas del Somma esparce el terror en París... Léjos de tener entonces daño alguno del emperador, tendría él motivos para tenerlo de nosotros, lo cual le obligaba á conservar una buena unión con este reino... La España se vería enfrenada, y sería necesario que nuestros enemigos hubiesen perdido el juicio si, una vez realizados nuestros deseos, se resolviesen á romper con Francia, la cual, no teniendo que ocupar sus fuerzas por la parte de Flándes y de Alemania, quedaría en actitud de emplearlas por la parte de España ó de Italia... El cardenal espera que las Provincias-Unidas no se opondrán á sus miras, si se las garantiza su independencia; nada tienen que temer de la Francia, puesto que la posición de su país se halla fortificada por la naturaleza y por el arte de tal modo, que siempre será inútil emprender nada contra él... En fin, Mazarino creía "que la Francia se granjearía fácilmente el amor de los pueblos de la Flándes luégo que dejasen de sufrir las opresiones increíbles de la guerra, y que, en medio de la paz, gozasen de toda clase de comodidades y ventajas. (1). Los plenipotenciarios franceses contestaron al ministro que estaban de acuerdo con él en cuanto á las ventajas que produciría la anexión de los Países-Bajos á la Francia; pero le objetaron que aquel engrandecimiento hallaría obstáculos en la Holanda y en la Inglaterra y daría enojos á todos los Estados. *Mazarino* volvió á la carga, y confesó que los Ingleses se opondrían con todo su poder, si sus propios negocios se hallaran en mejor situación; pero que entonces ó nunca era la verdadera coyuntura de alcanzar aquel triunfo, sin hallar obstáculos de su parte: "No tienen ni áun embajadores en Munster; y les preocupan tantas cosas domésticas, que no pueden tomar interés alguno en el exterior., En cuanto á Holanda, dice, se podría ganarles abandonando al príncipe de Orange el marquesado de Amberes bajo la soberanía de la república (2).

Los plenipotenciarios franceses veían más claro que el cardenal ministro. Al fin de la guerra de los treinta años, la Francia comenzaba á alarmar la

(1) *Memorias de MAZARINO*, 20 de Enero de 1646 (*Negociaciones secretas*, t. III, p. 21-25).

(2) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. III, página 27 y siguientes, 50.

Europa, y fué el temor de su peligrosa vecindad el que reconcilió súbitamente la Holanda con España. El proyecto de Mazarino no podía tener éxito; pero eso no impidió que la Francia lograra su objeto, el abatimiento de la Casa de Austria, siendo ésta, aún más que el imperio, quien quedaba enflaquecida por la cesión de la Alsacia. Verdad es que conservó la corona imperial; pero era una dignidad sin verdadero poder, toda vez que el tratado de Westfalia puso la libertad de los príncipes tan á cubierto, que no quedaba al emperador más que un vano título. Decididamente la preponderancia pasó de la dinastía de Carlos V á la de Enrique IV.

### III. — Richelieu.

La Francia debe aquel engrandecimiento á un hombre; Richelieu la encontró débil y agotada, y la dejó la primera nación del mundo. Agradecida, la Francia glorificó durante largo tiempo al gran ministro. En 1636 escribe Voitur: "Mientras que el cardenal ha estado al frente de los negocios, la Francia no ha tenido vecino alguno de quien no haya ganado plazas ó batallas. Todos los que tengan sangre francesa en sus venas y algun amor á la gloria de su país no podran leer estas cosas sin amar al cardenal," (1). ¿Qué habria dicho Voiture si hubiera escrito en 1648? Sin embargo, en el siglo XVIII se verificó una violenta reaccion contra la ambicion de conquistas: la Francia, arruinada por las guerras de Luis XIV, comprendió que los pueblos pagaban muy cara la gloria de las armas. Como de costumbre, la reaccion influyó en el juicio de los pasados acontecimientos; se culpó á Richelieu de aquella manía de conquistas, y del exceso de admiracion se pasó al exceso de vituperio. *Levassor*, el historiador de Luis XIII, aun cuando concienzudo en lo demás, trata á Richelieu de hábil perverso; le niega hasta el genio, para hacer de él un intrigante de baja estafa: "Toda su ambicion, dice, consistía en conservar el poder; y si perpetuó la guerra, fué para continuar siendo ministro, sabiendo que Luis XIII no podía prescindir de él mientras aquélla durase," (2). Un escritor de genio, *Montesquieu*, pronuncia un juicio de

cardenal que es como la marca de un hierro candente: "Los más malos ciudadanos de Francia fueron Richelieu y Louvois," (1). ¿Por qué admirarse de que los Alemanes abunden en ese mismo ultraje y desprecio? Falta poco á F. Schlegel para no ver en el ministro de Luis XIII una encarnacion de Satanás: "Fernando, dice, y Gustavo Adolfo combatieron por su fe; todos, hasta el mismo Wallenstein, tenían cuando ménos una supersticion, la astrología; Richelieu sólo carecía de fe á de ley: era un ateo político," (2).

No haremos á Richelieu la injuria de defenderle contra las acusaciones de los espíritus estrechos que rebajan la historia á su nivel. Se puede reprochar al cardenal un patriotismo estrecho; pero por eso mismo, no se le puede negar el amor á la patria, tal como lo entendían los antiguos. Tenía, indudablemente, su ambicion personal; pero esa ambicion se confundía con la grandeza de la Francia, cuya política pedía lo mismo que reclamaba el interés del cardenal. No dirémos, con un historiador contemporáneo, que el ministro frances fuese el defensor de la libertad alemana y el salvador de la libertad europea (3). Sería dar al hombre el mérito y la gloria que pertenecen á Dios. Verdad es que la intervencion de Richelieu en la guerra de los treinta años salvó la Reforma, y, por consecuencia, la libertad de la Alemania y de la Europa. Pero ¿pensaba Richelieu en el protestantismo cuando intervino en la guerra contra la Casa de Austria? Pensaba tan poco, que hasta negaba que la guerra fuese religiosa; á sus ojos era puramente política; lo que él buscaba era el abatimiento de la Casa de Austria; la libertad alemana entraba en sus miras pero solamente como medio.

Los enemigos de Richelieu le niegan hasta la gloria de haber librado la Europa del peligro de una monarquía universal, y dicen que la España en el siglo XVII se hallaba ya en decadencia, sin que fueran de temer los emperadores de Alemania cuya ambicion como hombres del pasado se limitaba á conservar lo antiguo (4). Verdad es que la España de Felipe IV, agotada en hombres y dinero, no podía pensar en la monarquía universal, y

(1) MONTESQUIEU, *Pensamientos*.

(2) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* (lección XVII).

(3) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. 13.

(4) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 162 y siguientes.

(1) PETITOT, *Coleccion de Memorias*, serie 2.<sup>a</sup>, t. XI, p. 356.

(2) LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. IV, p. 518, 558, 584.—Esa misma es la opinion del P. BOUGHANT, *Hist. del tratado de Westfalia*, t. I, p. 359.

tambien es verdad que la rama alemana de la Casa de Austria no tenía la ambicion que se le supone. Pero no se tiene en cuenta que el emperador de Alemania y el rey de España estaban á la cabeza de la reaccion católica, y que la ambicion universal de la Iglesia no se ha puesto nunca en duda. La Francia debía temer al príncipe que, en 1630, estaba á punto de ser el dueño absoluto de la Alemania, y que extendía ya su mano al Norte y á la Italia. Cierto es que aquellos temores eran generales, y que para Richelieu no fueron más que un pretexto, aun cuando eran su preocupacion constante; lo cual se ve en las exhortaciones que sin cesar dirigía á los príncipes alemanes, católicos y protestantes, para que se unieran contra el enemigo comun, el emperador; la union, les decía, es el único medio de asegurar vuestra libertad. No negaremos que el cardenal se cuidaba poco de la libertad germánica en sí misma; pero siempre resultará que, instando á los príncipes alemanes á que se unieran, se colocaba bajo el punto de vista de su libertad, y no es ménos cierto que, si la Alemania hubiera seguido su consejo, hubiera evitado la vergüenza de la desmembracion. Esto demuestra la buena fe de Richelieu; el cual deseaba el engrandecimiento de la Francia, y, sobre todo, el abatimiento de la Casa de Austria (a).

Quería Richelieu dar á Francia la dominacion de que despojó á la Casa de Austria. No imputemos al cardenal la responsabilidad de los hechos históricos que proceden más ó ménos de su política. Dió en efecto, el primer puesto á la Francia en la cristiandad, y concentró todas las fuerzas de la monarquía en manos de un príncipe, lo cual parece que era encaminarse á la monarquía universal y provocar forzosamente la política invasora de Luis XIV, cargo que no ha dejado de hacerse al cardenal (1). Pero es lo cierto que ni era un guerrero ni era inclinado á las conquistas. Por otra parte, tenía demasiado buen sentido para dejarse llevar por lo quimérica ilusion de la monarquía universal. En vano se invocan contra él la ocupacion de la Alsacia y el proyecto de reparticion de

(a) Toda la argumentacion para demostrar la buena fe del cardenal Richelieu nos parece sofística y pobre á más no poder. Laurent parece que tiene sobre las narices á la Casa de Austria; y en tratándose de atacarla y amenguar su poderio todos los medios y todos los agentes son santos y buenos, y el éxito divino, y el acontecimiento providencial.—(N. del T.)

(1) Este es el cargo que SISMONDI hace al cardenal (*Hist. de los Franceses*, t. XIV, p. 47, ed. de Brusélas).

los Países-Bajos. No hay duda que él tenía la ambicion de dar á Francia sus fronteras naturales; pero entre esa política y el sistema invasor de Luis XIV y de Napoleon media un abismo. La idea de las fronteras naturales se enlaza con el principio de nacionalidad, al cual sirve de garantía, siendo así que la idea de nacionalidad excluye la de dominacion universal. ¿Extendía Richelieu demasiado léjos los límites de la Francia? Á esta cuestion responderá el porvenir; las naciones son de Dios, y sólo Dios conoce los límites en que aquéllas deben encerrarse.

Hemos hecho justicia á Richelieu; ahora añadiremos que no pertenece al número de los grandes genios con los que se enorgullece la humanidad. Los hombres á quienes venera la posteridad son aquellos que guían al género humano hácia el término de sus destinos, llevando fija su mirada en el porvenir. Richelieu, como todos los políticos, era el hombre de lo presente. Sucede casi siempre á esos hombres que, cualquiera que sea su elevacion, sacrifican el porvenir á lo presente. Richelieu removió todos los obstáculos que encontró en su camino. Indisciplinada la aristocracia, se rebeló contra el poder real; Richelieu la arrolló, sin pensar que al destruir un obstáculo y una resistencia destruía al mismo tiempo un elemento de fuerza. Los hugonotes abusaron de la posicion que Enrique IV les había dado, hasta el punto de querer constituir un Estado dentro del Estado; Richelieu les quitó todas las garantías que el edicto de Nántes les otorgaba, sin pensar que la libertad religiosa que les dejaba quedaria á merced de un príncipe caprichoso. Richelieu no quería una monarquía conquistadora, y, sin embargo, la preparó. Su política, admirable bajo el punto de vista de lo presente; es imperiosa cuando se la examina con relacion al porvenir. Tal sucede con toda política que tiene por criterio lo útil. ¿Qué distancia entre Gustavo Adolfo y Richelieu! El héroe sueco despreció el engrandecimiento de su país y su dominacion en el Norte para consagrar su vida á una idea, la libertad religiosa: esa abnegacion á la causa de la humanidad constituirá su eterna gloria.

### § VI. — El catolicismo y el papado.

#### N.º 1.—La política y la religion.

La guerra de los treinta años fué la lucha suprema entre el catolicismo y la Reforma. Estimul-